

Berthold Lubetkin

Credo. 1955

bajo la luz del razonamiento sobrio, y sus partes se nos aparecen referidas, en principio, a un todo armónico, coherente, consistente y completo. Alternativamente, en épocas de confusión social, llegamos a interpretar el mundo como un flujo fortuito, una acumulación arbitraria de sucesos y fuerzas, en cuyo seno la humanidad se ha visto de alguna manera atrapada. Al trasladar este conflicto de ideas a imágenes, la obra de arte refleja las líneas maestras del mundo en el que creemos; y las preferencias artísticas son un espejo de las tensiones filosóficas más corrientes sin resolver. Es por esta razón por la que la arquitectura puede pasar por una filosofía tridimensional. Cualquier composición, modelo o diseño supone una elección deliberada entre las formas alternativas de imponer un orden entre sus componentes interactivos. Al hacer esa elección el artista -consciente o inconscientemente- responde a los condicionantes de su época. Refleja los conceptos actuales de orden,

and similar papers at core.ac.uk



creación artística es, después de todo, el método que utiliza la arqueología, la cual permite deducir todo un fondo social a partir de simples fragmentos, a menudo a falta de cualquier otra evidencia tangible.

Así es como las obras de arte se convierten en testimonios vivos, no sólo de los hombres que las crean o de aquellos para las que son creadas, sino de las circunstancias que determinan su elección. Ello no supone que el arte esté determinado completamente por relaciones sociales específicas. Sería un error suponer que la mente del artista es una pared en blanco sobre la cual las circunstancias pintan sus graffiti. Por el contrario, el hombre es un "hacedor", profesional de circunstancias. Su obra no es sólo un reflejo de los sucesos actuales y del humor reinante sino una fuerza activa que modela la realidad según su voluntad. Hay momentos en los que el hombre pone su mano sobre el caos que le rodea, y todo su trabajo se guía por la razón. La razón se convierte en una fuerza intelectual que le dirige. En estos estadios de desarrollo social, el universo se muestra como un orden consistente, fiable, cuyas manifestaciones se prestan a la investigación racional. La claridad de la composición sustenta la convicción en una perfección, en una legibilidad y una interrelación últimas, y la creencia en que la razón puede descubrir, guiada por la experimentación, el orden que se oculta tras la arbitrariedad y el caos.

¿ A qué será debido que, al cabo de tantos años, me dé ahora por hablar de una causa ganada y perdida hace ya tanto tiempo?

No pretendo con ésto aumentar mi reputación -estoy de acuerdo con Picabia en que la única manera de conservar el respeto por uno mismo es sacrificar la propia reputación, manteniendo una independencia intelectual, llevando una vida de disidente, puesto que «la resistencia individual es la única llave de la prisión» (André Breton). Ciertamente no es mi propósito asegurarme un lugar en la historia. Si la historia fuera simplemente una colección de fechas y sucesos, aún sería posible apañarla añadiendo algún eslabón perdido aquí y borrando algún error allá; pero la historia, como el salchichón, la fabrican especialistas, para satisfacer una demanda pública cambiante, y, como dijo Benedetto Croce, toda historia es historia contemporánea -es pasado visto a través de los ojos del presente-. Sólo vemos aquello que queremos ver y queremos ver aquello que los "expertos", que saben lo que se cuece, nos han dicho que veamos.

Estos astutos especialistas, cuya labor consiste en malear la opinión con el fin de justificar y apoyar a la camarilla de poderosos, en la que ellos esperan ser admitidos, o al firmamento social en el que esperan brillar, pueden ir recogiendo chismes, manipular la evidencia, borrar el pasado y enterrar a los vivos. Desde el Kremlin hasta el Ateneo, desde la West 53rd Street hasta la Puerta de la Paz Celestial en la Ciudad Prohibida, pueden rellenar cadáveres para construir maniqués a su propia imagen, con los que poder comerciar después. Y, todo ello, llevarlo a cabo con una solidaridad y una tácita comprensión mútua que hace que se confundan unos con otros a pesar de sus aspiraciones sociales divergentes.

Esto por lo que respecta a los historiadores pero, ¿qué hay de los arquitectos? Siempre he tenido la sensación de que lo que tengo que decir no reviste interés alguno o no tiene valor para los arquitectos contemporáneos, cuyas convicciones, cuyas posturas intelectuales y cuyas formas de pensar no comparto. La ausencia de supuestos comunes hace irrelevante cualquier propósito de exhortación y deja sin efecto cualquier discurso. Por otra parte, sería injusto cargar directamente sobre los arquitectos la responsabilidad por el daño irreparable que infligen a la sociedad, desbaratando, despanzurrando y devastando el entorno; aplastando, machacando y pulverizando las ciudades, o desacreditarlos con la arquitectura lumpen que se nos viene encima. Mientras se engañan a sí mismos, creyendo que expresan su más íntima personalidad, lo que en realidad hacen es dar expresión al árido espíritu de un tiempo -testificando en favor de la experiencia social que condiciona su elección.

La elección, históricamente determinada, de un punto de vista ha existido siempre. Cuando nos sentimos a gusto en el mundo, llegamos a ver la realidad

la búsqueda de precisión y orden, independencia y claridad estructural, por embarazosa y enojosa que esa búsqueda pueda resultar. Por lo tanto, todo artista, tanto si es consciente de ello como si no, es un apologista o un crítico de la sociedad. En la práctica, no tomar partido supone siempre un apoyo del status quo.

Llegado este punto uno podría preguntarse por qué en épocas de fermentación, confusión y desintegración, los arquitectos, en lugar de agruparse en defensa de la cordura, tienen que abrir las puertas a los más salvajes excesos de irracionalidad, al exhibicionismo desaforado o al absurdo institucionalizado. Al rechazar la razón como guía de la empresa humana, el arte niega las reglas universales, ataca al pensamiento ordenado y se zambulle de lleno en formalismo hedonista, confinando la mente en círculo cerrado de sensaciones biológicas. De hecho no tengo nada en contra de las sensaciones como fuente de aprehensión de la realidad, pero sí me resisto a asumir que la Tierra es plana y no se mueve, aunque esto sea lo que dicen mis sentidos. Es sólo a la luz de una experiencia social que ha evolucionado lentamente en compañía del hombre y su civilización que podemos transmutar las sensaciones directas en comprensión, evolución y significado, y reconocer el cambio.

De entre todas las artes, es la arquitectura la que más se resiste a ser juzgada sólo por lo primero que el ojo ve. La observación directa es incapaz de apresar y comprender la esencial interacción de significado visual y conceptual, en la imposibilidad de leer simultáneamente planta y sección, de juzgar la relación entre carga y soporte o entre sólido y hueco, forma y contenido, como tampoco del amplio abanico de factores sociales y económicos que influyen en el diseño. También en las demás artes, la percepción necesita ser captada por deducción. El hecho de identificar cualquier arte únicamente por sus cualidades visuales, sin ninguna interpretación acorde con formas de racionalidad preexistentes y sin referencia alguna a los modelos actuales y heredados, degrada el arte a la altura de un pastiche-, manipulación consciente de formas, colores y volúmenes visibles inmediatamente; un desarrollo de formas en una búsqueda frenética de lo novedoso.

Una preocupación exclusiva por esas características de la forma que acceden de manera directa a los sentidos y se miden con facilidad: duro o blando, grande o pequeño, ingenioso y actual o trasnochado, reduce el arte a un simple ramo del negocio de la moda. Así es como un torbellino de superficialidad, un torrente inagotable de novedad espúrea y artificiosa llega a sustituir cualquier cambio, desarrollo o transformación genuino: productos de temporada presentados como un paso adelante en la carrera del progreso. No es sólo la confianza exclusiva en el impacto visual, sino también su imagen en el espejo, igualmente apreciada por los manipuladores: el chiste conceptual, incorpóreo, preparado, que reverbera indefinidamente a través del yermo

En lugar de perseguir la manipulación de las formas en pos del placer de los sentidos, el arte argumenta entonces y razona a través de ellas, esforzándose por encontrar una armonía entre las partes y el todo, buscando la unidad entre causa y efecto, sucesos observados y valores deducidos. En verdad, el arte es producto de la historia, como lo es el lenguaje, el resultado de la evolución del pensamiento y de la educación. En esencia, su intención exhaustiva y la capacidad profética trascienden las interpretaciones subjetivas. El arte puede definirse, sus valores pueden ser apreciados y renovados, y el producto de la imaginación creadora puede llegar a reemplazar a la falsedad caprichosa, sólo mediante la utilización de definiciones comunes, en una perspectiva de continuidad de los modelos y no a través de la reinterpretación arbitraria del vocabulario empleado.

Hoy, en un mundo azotado por la guerra, la violencia y la corrupción, acosado por la pobreza y la opresión, amenazado por la contaminación, la sociedad desgarrada por la crisis rechaza toda noción de continuidad en favor de una ingeniería ad hoc, poco sistemática, improvisada en cada momento, a partir de retazos de experiencia, de piezas y de cachos sueltos, de cabos y de baratijas a mano, sin ninguna referencia a un pasado irrelevante o a un futuro inescrutable que tal vez no llegue nunca. En el mundo precario donde se mueve el azar, y al borde de la inestabilidad mental, el arte abandona la disciplina de limitaciones autoimpuestas y adopta la forma de una agresión histórica a los sentidos. La composición artística, en lugar de ser una afirmación enunciada con precisión y orden, se convierte en un kitsch horripilante, una mezcolanza de trucos baratos y un revoltijo de elementos de marketing y no pretende aclarar, informar o guiar sino asombrar, confundir, escandalizar o desconcertar.

Un pensamiento cínico me viene a la cabeza: ¿estará el origen de esta confusión en saber si se podrán evitar todas las dudas agónicas y los más embarazosos escrúpulos que supone la búsqueda de una resolución arquitectónica racional al aceptar las reglas sin limitaciones del azar y la glorificación de lo fortuito e imprevisto? No tengo, ciertamente, ningún deseo de afirmar la existencia de una vía expedita hacia una arquitectura fácil. Resulta perfectamente posible asumir que existan arquitectos inocentes, pero en un mundo absurdo no puede haber nada que pase por arquitectura inocente ya que no hay arte que no sea parte del entramado social.

Si el artista refleja un mundo que él ve como arbitrario, intratable y a merced del destino, su trabajo sólo conseguirá destronar a la razón y reconciliar así al hombre con una situación que no admite cambio y no puede mejorarse, pero que debe ser soportada. Este fatalismo no puede sino servir de apoyo a un orden que se tambalea. Por otra parte el papel de la razón consiste en referirse a criterios universales tan objetivos como la ley de la gravedad, a

usuales, permitiéndonos vivir a gusto en el seno de la sórdida realidad que nos rodea.

Pero la razón constituye una amenaza constante para las convenciones e instituciones en las que se apoya la estabilidad social. Los esfuerzos por reducir a un orden el flujo permanente, ponen al descubierto la estructura de la realidad, como un sistema encadenado de causas y efectos; expone su falta de adecuación y busca resoluciones. No es de extrañar, pues, que la razón sea objeto de continuos ataques desde las trincheras del sistema. Sería ingenuo ver en esto tan sólo una conspiración por parte de lo establecido con el fin de salvaguardar su dominio con torpes mazazos propagandísticos. Hay medios infinitamente más sutiles para desorientar a grandes sectores sociales de los que se espera tengan algo en común con las aspiraciones de la élite social. Hay intereses arraigados no sólo al sistema y su status quo, sino igualmente poderosos en la apatía, en la falta de ganas o en la incapacidad de comprender, explicar o alterar, o en el consuelo de la conformidad. Este es el significado de la ideología, y la ideología es eficaz sólo cuando es totalmente inconsciente, cuando ley, ética, historia y arte combinan su capacidad de persuasión cubriendo con un velo de irracionalidad la cuestión social y asegurándose de que lo que es, sea aceptado sin más tal y como es.

No se trata pues de ninguna intriga o conspiración, de ningún truco de nuestros gobernantes para mantenernos quietos, sino simplemente de un reflejo defensivo por parte de aquellos que están condenados a vivir en un mundo demente, en el cual nada es lo que parece ser, donde nadie pone en práctica lo que predica. Impotentes a la hora de explicar, predecir o controlar, recurrimos a la sinrazón para permitirnos vivir en esta sórdida realidad y sentirnos a gusto en ella, a la vez que preservamos nuestra cómoda moral en un mundo maligno. De este modo atribuimos sus causas no a los errores humanos, sino a la inmutabilidad del destino humano.

Cuando nos encontramos nosotros mismos permanentemente enajenados, mal informados y engañados en una sociedad decadente, reaccionamos conjurando un arte enfermo y burdo, para sustentar la convicción al uso según la cual vivimos en un mundo sin estructura ni cohesión. Si todo es baldío, ilegible y accidental, el pensamiento racional es impotente y habrá que ir a buscar la piedra filosofal en el ojo del lunático. Así es como nos absolvemos de cualquier obligación de luchar por el cambio.

Seamos o no conscientes de ello, esta es la esencia de la arquitectura de hoy, y la causa de su decadencia.

mental entre exclamaciones y risas preparadas de antemano -prueba de que la forma sin contenido es tan estéril como el contenido sin forma -. Es decir la completa ausencia de forma no es más que un caso extremo de formalismo.

Así que la tenue línea divisoria entre el arte, la diversión, la inversión y la siquiatria clínica se hace cada vez borrosa y el arte se convierte en una mercancía negociable a base de artimañas, relaciones públicas y venta a presión por parte de comerciantes serviles, por artistas que algún día lo serán, conservadores apesurados y un equipo de apoyo de manipuladores de opinión -la claca organizada de la camarilla-. El arte de las apariencias inevitablemente se esfuma en una simple apariencia del arte. De esta manera el negocio del arte celebra la muerte del arte al tiempo que intensifica su producción.

¿Por qué los arquitectos se inclinan por todas esas distorsiones malignas y ese oscurantismo de moda? ¿Por qué hoy en día la composición arquitectónica se concibe como conmoción de sus componentes discordantes e inconexos de un entorno infructuoso -aparentemente dirigido a sorprender y confundir- en lugar de relacionar y manifestar la interdependencia entre las partes y el todo? ¿Por qué pudiendo escoger entre alternativas conflictivas, se decide uno por norma, por el sensacionalismo más desaforado -carente de elocuencia o pasión- en lugar de intentar formular diseños capaces de ser apreciados en un solo acto visual: «...eliminando lo accidental, elevando la contingencia al reino de la necesidad» ? (Worringer).

La búsqueda de lo razonable ha sido abandonada -no por frivolidad o ceguera- sino porque la sociedad prefiere no ver lo que no desea conocer, y premia a aquellos artistas que ayuden a hacer plausibles los mitos más

Este texto de Lubetkin, escrito hacia 1955, permaneció inédito hasta 1981 cuando fue publicado en el libro "Lubetkin and Tecton. Architecture and Social Commitment", de P. Coe y M. Reading. La traducción al castellano fue realizada por los miembros de la Cooperativa de Ideas, con motivo de la visita de Lubetkin a Barcelona en 1989.